



Durante casi dos semanas, tras la caída de Bilbao, el avance de las tropas del general Dávila tuvo, a menudo, las características de un paseo militar dada la desmoralización de sus oponentes.

Aguirre admitió la posibilidad de que los batallones nacionalistas capitulasen

El Ejército vasco se replegó sobre Santander con moral de derrota

Tras la caída de Bilbao, el 19 de junio de 1937, el frente del norte registró una actividad desmayada aunque sí lo suficientemente activa por parte del Ejército del general Dávila, como para que éste continuase empujando a sus enemigos hacia las zonas más orientales de la provincia de Vizcaya y comienzos de la de Santander. El 28 del mes citado, sin embargo, se registra la primera reacción seria con una defensa de Sodupe, tan encarnizada como inútil, por parte de la tercera

división vasca y la primera brigada santanderina. El 29 hay un contraataque de importancia al oeste de Peña Helada, el 30 en La Riba, el 1 de julio en Montemello y el 2, visando las posiciones de los flechas negras, una vez más en Montemello y sudoeste de San Julián de Musques. La confrontación, en la que toman parte los batallones vascos Bakunin, Malatesta, Luxemburgo, Araba y Martiartu, se prolonga durante cuatro horas.

Trucios le manda a Manuel de Irujo, que los gudarís, absolutamente desmoralizados, se disponían a capitular.

Deserciones en cadena

La afirmación es gravísima pero, en realidad, no debe suponer sorpresa por cuanto que desde el 19 de junio está claro que las tropas vascas, en especial las de signo nacionalista, tienen una propensión muy clara a entregarse al enemigo. Los propios partes de guerra de Salamanca divulgan a partir de la fecha citada, en la que se consigna la rendición de «algunos batallones» en Bilbao, la creciente tendencia de los vascos a deponer las armas. El del 21, por ejemplo, dice que «la desmoralización en el campo enemigo es cada vez mayor»; el del 22 cifra en cuatro mil el número de soldados que se entregaron; al día siguiente desertan 526 «milicianos vascos con armas»; el parte del 29 informa que en Valmaseda capituló una compañía del batallón Avellaneda, con sus jefes al frente, elevándose a quinientos el total de enemigos rendidos en ese solo sector, y el 30 comunica el pase de 670 milicianos.

Sobre el tema, las publicaciones italianas se explayan. Por un lado a causa de la alegría que les produce esta erosión de ánimos y de efectivos en el campo republicano pero, también por el insólito derrumbe de unas fuerzas que habían aprendido a tener muy en cuenta y a manos de las cuales sufrieron severos golpes en Bermeo, Jatamendi y otros lugares. Desde Roma, «Nazione Militare» escribe, recapitulando las últimas secuencias de la lucha en el frente del norte: «Por millares se contaban los milicianos vascos que caían prisioneros o que se rendían espontáneamente, a menudo batallones enteros con oficiales, armas y municiones; el primero de julio el total

ascendía a 17.000, cifra a la cual se añaden los muchos millares de muertos y heridos y que da idea clara de la derrota sufrida por los vascos». En el propio frente el boletín del «Corpo di Truppe Volontarie» italiano provee, a diario, noticias de esta clase. En el del 22 de junio leemos: «Los batallones vascos se niegan a formar parte del Ejército del Norte que ha de constituirse con la misión de defender Santander y Asturias». Y dos días más tarde: «Continúan presentándose milicianos de los batallones vascos que confirman las intenciones que tienen las unidades vascas de rendirse».

Gamir interviene

Para frenar de algún modo las deserciones la jefatura del Cuerpo de Ejército de Euzkadi, ahora confiada al coronel Vidal Munárriz, distribuye una circular en la que se asegura que los rendidos fueron desarmados, degradados y exhibidos para escarnio público por las calles de Bilbao, añadiendo: «Además funcionan en Bilbao cuarenta tribunales militares que simulan tramitar juicios sumarísimos cuyo resultado preconcebido es indefectiblemente la muerte o la cárcel para los más destacados y la suerte oprobiosa de obligar a todos a luchar contra la República, la libertad y la patria en otros frentes enemigos».

Iniciativas de esta clase, sin embargo, carecen de incidencia por cuanto que las deserciones continúan al orden del día mientras que, lo que es peor, unidades completas demuestran una falta de belicosidad absoluta. El general Gamir Ulibarri, ahora jefe del Ejército del Norte, no se engaña sobre las proporciones reales del descorazonamiento vasco y sobre el grave trasfondo de la situación, que tan serias repercusiones puede tener en el campo de batalla. La demuestra escribiéndole una carta a Indalecio Prieto, el 28 de junio, en la que le dice: «Perdido Bilbao ¿en nombre de qué clase de modalidades puede aducir el nacionalismo su prosecución de la lucha, que ya originó cansancio y pérdidas de valor al recibir el empujón sin medios adecuados a su amortiguamiento no enviados por el poder central en tantos meses? Fuera de la idea de la autonomía, si no de la independencia, sus principios son más afines al enemigo que a los nuestros: religión, propiedad, etc., y se exterioriza ya por contactos con el enemigo, ya por públicas opiniones de que la guerra está terminada virtualmente y produce la causa inevitable y lógica: el pase de batallones al enemigo».

Más tarde, al comprobar Gamir que las unidades vascas son tan reacias a combatir como a marchar a la zona de Reinosa para reorganizarse, vuelve a escribirle al ministro de Defensa nacional para contarle que ante la actitud de resistencia pasiva, «sin duda ordenada por la Euzko Gudarostia» (se refiere a Euzko Gudarostea) y las amenazas de que se pasarían al enemigo tan pronto como los enviasen a la línea de fuego, estuvo dispuesto «a emplear guardias de Asalto y aviación y batallones leales de mi exclusiva confianza caso que me obligasen a exterminarlos». Su enérgica actitud —«mis intimidaciones», dice él— tienen resultado positivo ya que los batallones nacionalistas se trasladan «a la zona marcada dentro de la provincia de Santander, donde estos días han sido visitados por mí uno a uno encontrándolos muy reanimados de moral, al oírme decidido a que nadie pudiera en modo alguno producirles molestias... Como complemento de esta labor he pedido la supresión absoluta de la comandancia de milicias Euzko Gudarostia».

Dos comandantes en apuros

El procedimiento, desde luego, es un simple «parche» sin mayor trascendencia, por lo que debe ser complementado con medidas muy severas contra los sorprendidos en trance de pasarse. Las órdenes a este respecto son expeditivas: fusilamiento en el acto, sin formación de causa. Incluso son amenazados con la muerte los mandos que opongan una resistencia débil y que abandonen las posiciones que les han sido encomendadas sin defenderlas con rigor. El 29 de junio el boletín del citado «Corpo di Truppe Volontarie» reproduce un revelador documento encontrado en poder de uno de los oficiales vascos que se rindieron en Valmaseda. Dice: «Los comandantes que se retiren por iniciativa propia con su unidad, antes de que ésta haya sufrido un sesenta y cinco por ciento de bajas, serán fusilados en el plazo de veinticuatro horas».

Hay ejecuciones, desde luego, aunque algunos de los condenados se salvan «in extremis». Entre ellos figuran dos héroes de la lucha en Euzkadi, los comandantes Jesús Escauriza, de la CNT, y Francisco Barañano, del PNV, a los que se les pide pena de muerte consiguiendo el comisario Vicente Lascuráin, no sin trabajo, que la sentencia se reduzca a veinte años de cárcel. Algo que para Barañano, al final de cuentas, supone muy poco ya que se suicida... o lo suicidan, que eso nunca fue aclarado.

Vicente Talón

El día 3 de julio, con una notable ferocidad, siguen su curso los combates y en Peña Amarilla los hombres del cuarto regimiento de flechas negras capturan la bandera del batallón ácrata vizcaino Malatesta que, regalada al «federale» de Roma, será expuesta en la «Mostra della Rivoluzione Fascista». El 6, los franquistas dan un sólido paso adelante, al acabar de ocupar Castro Alén, y al día siguiente las fuerzas republicanas —con participación vasca— salidas de Pando, tratan de arrebatársela línea que han tendido y que con pivotes extremos en Castro Alén y en La Nevera, lugar este último situado al noroeste de Valmaseda, domina por completo el valle de Aguerre así como la carretera de Matanza al Espinal. Los choques, cruentísimos, se saldan con el absoluto fracaso de los gubernamentales.

Todo esto viene a indicar que, sólo casi dos semanas después de la pérdida de la capital vizcaina, las tropas que la habían abandonado, en retirada, encontraron los necesarios ánimos para hacer que la progresión de sus enemigos no fuese un simple paseo militar. Pero, durante largos días, llegó a dudarse de que, por lo que hace a los batallones vascos, esa reacción pudiese tener lugar. Y es que el pesimismo más absoluto se instaló en ellos, así como en la cúpula dirigente política cuyo miembro principal, el presidente Aguirre, después de decirle al sacerdote Onaindia que la guerra continuaría «hasta que termine Vizcaya, hasta que termine el pueblo vasco, Euzkadi», admitió el 21 de junio, en un telegrama que desde

DON CELES



PARQUE DE ATRACCIONES JOLAS PARKEA

LOS DIAS LABORABLES MAS VENTAJAS

Con cada entrada le regalamos media entrada para su próxima visita.

Hasta el 13 de Septiembre con la entrada del Parque también puede utilizar la piscina.